

FARIDAH ÀBÍKÉ-ÍYÍMÍDÉ



AIS DE PICAS



TUS SECRETOS YA NO
ESTÁN A SALVO



CROSS
BOOKS

Faridah Àbíké-Íyímídé

As de picas



As de picas es una obra de ficción, pero trata muchos temas reales, como el racismo, la homofobia, el acoso escolar y los pensamientos suicidas. Para consultar más advertencias sobre el contenido, visita [<faridahabikeiyimide.com/ace-of-spades-content-warnings>](http://faridahabikeiyimide.com/ace-of-spades-content-warnings).

CROSSBOOKS, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Ace of Spades*
© del texto: Faridah Àbíké- Íyímídé, 2021
Esta edición se publica mediante acuerdo con The Bent Agency UK Ltd a través de International Editors' Co.
© de la traducción, Aitana Vega, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: octubre de 2022
ISBN: 978-84-08-26051-6
Depósito legal: B. 14.124-2022
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Devon

Lunes

Las asambleas del primer día de clase son la actividad más inútil que existe.

Lo cual ya es decir, dado que la Academia Niveus es un centro que se rige por la inutilidad.

Estamos en el auditorio Lion, que lleva el nombre de uno de los típicos peces gordos que dan dinero a centros educativos privados que no lo necesitan, mientras esperamos a que el director aparezca para darnos el discurso de siempre:

1. Bienvenidos a otro año más; me alegra que nadie haya muerto este verano.
2. Estos son los prefectos de último curso y el prefecto mayor.
3. Los valores de la escuela.
4. Fin.

Que nadie me malinterprete, me encanta la buena organización. Preguntadle a cualquiera de mis amigos. Bueno, a mi único amigo. A pesar de que llevo aquí casi cuatro años,

estoy bastante seguro de que, aparte de Jack, nadie sabe que existo, y él por lo general se comporta como si me pasara algo raro. Aun así, lo considero mi amigo, porque nos conocemos desde siempre y la idea de estar solo me parece muchísimo peor.

En fin, volvamos al tema de la organización. Me gusta. Jack conoce todos los rituales que llevo a cabo antes de sentarme ante el piano. Sin ellos, no toco igual de bien. Ahí radica la diferencia entre mis rituales y estas asambleas: sin ellas, la vida en Niveus seguiría siendo el mismo torbellino interminable de cotilleos, dinero y mentiras.

El micrófono chirría muy alto y me obliga a levantar la cabeza. Veinte minutos de mi vida están a punto de desperdiciarse en un evento que se podría haber resumido en un simple correo electrónico.

Me recuesto en la silla mientras un tío alto y pálido, de ojos negros y apagados, se sitúa detrás del atril. Tiene el pelo negro y aceitoso, peinado hacia atrás con lo que calculo que será un bote entero de gomina, y lleva un abrigo largo oscuro que casi barre el suelo. Nos mira como si fuéramos un puñado de alimañas y él, un gato.

—Soy el señor Ward, pero deberán dirigirse a mí como director Ward —dice el gato, con una vocecita líquida y serpenteante.

Lo miro con los ojos entrecerrados. ¿Qué narices le ha pasado al director Collins?

La sala se llena de murmullos confusos y expresiones de indiferencia.

—Como estoy seguro de que algunos ya sabrán, el director Collins dimitió justo antes de las vacaciones de verano, por lo que he aceptado la tarea de guiarlos a todos en su último año en la Academia Niveus —termina el gato, y frunce los labios.

—Así que los rumores eran ciertos —susurra alguien cerca de mí.

—Eso parece. Aunque se comenta que hoy en día las clínicas de rehabilitación son muy elegantes.

Ni siquiera me había enterado de que al director Collins le pasaba algo. Antes del verano, parecía estar bien. A veces siento que me pierdo en mi propio mundo y no me doy cuenta de cosas que a los demás les resultan obvias.

La voz de Ward se eleva por encima de las demás:

—Sin más dilación, mantengamos la tradición de Niveus de comenzar la asamblea de hoy con los anuncios de los prefectos de último curso y el prefecto mayor.

Se da la vuelta expectante cuando un profesor con un traje rígido se adelanta y le entrega un sobre de color crema. Ward lo abre en silencio y el crujido del papel se amplifica hasta sonar como un chillido por los altavoces. Saca una pequeña tarjeta y la coloca en el atril que tiene delante. Empiezo a desconectar.

—Los cuatro prefectos son... —Hace una pausa y sus pupilas se pasean de un lado a otro como moscas negras atrapadas en un frasco—. La señorita Cecelia Wright, el señor Maxwell Jacobson, la señorita Ruby Ainsworth y el señor Devon Richards.

Al principio, creo que se ha equivocado. Nunca pronuncian mi nombre en las asambleas oficiales. Más que nada, porque estos eventos suelen centrarse en personas a las que el alumnado conoce y aprecia; si Niveus fuera el escenario de una película, lo más probable es que yo fuera un extra sin nombre.

Jack me da un codazo que me saca de mi asombro y me levanto de la silla. El crujido de los asientos de madera llena el salón mientras las caras se vuelven para observar mi patético intento de arrastrar los pies entre las filas. Murmuro un

«Lo siento» después de pisarle a un chico unos zapatos de diseño, que seguro que cuestan más que el alquiler de mi casa, y me dirijo a la parte delantera, donde esperan los profesores de último año. Mis deportivas chirrían al rozar con la madera casi negra del suelo. El corazón me late con fuerza y los escasos aplausos se detienen con incomodidad.

Reconozco a los otros tres, aunque nunca he hablado con ellos. Max, Ruby y Cecelia son como clones: altísimos, pálidos y de pelo claro; a su lado, mi baja estatura y mi piel negra sobresalen como un pulgar hinchado. He aquí el elenco principal de la película.

Me coloco al lado del director Ward, que resulta aún más aterrador de cerca. Para empezar, es exageradamente alto y las piernas le empiezan a la altura de mi pecho. Desliza las pupilas hacia mí y me observa con atención, a pesar de que su cabeza sigue orientada al frente.

Aparto la mirada y finjo que el gran gigante bonachón no tiene un temible hermano emo que se llama Ward.

—Me han hablado muy bien de nuestra prefecta mayor de este año. —El director arrastra la voz y convierte lo que estoy seguro de que pretendía ser una frase positiva y animada en algo tan poco convincente como un panegírico—. Por lo tanto, no debería sorprender a nadie que sea nada menos que Chiamaka Adebayo.

Los ruidosos vítores llenan la oscura sala de paredes de roble cuando la aludida camina hacia el frente. Me fijo en que su ejército de clones está sentado en primera fila y aplaude al unísono, todas igual de monas y con la misma pinta de muñecas que su cabecilla. Cuando se une a nosotros, lo hace con una expresión de suficiencia en el rostro. Casi pongo los ojos en blanco, pero es la chica más popular del instituto y no tengo ganas de morir.

Me remuevo incómodo y me siento aún más fuera de lu-

gar. Si Max, Ruby y Cecelia son el elenco principal, Chiamaka es la protagonista. Es lógico que estén aquí arriba. Pero ¿qué pinto yo aquí? Tengo la sensación de que, en cualquier momento, unos tipos con cámaras van a aparecer de la nada para decirme que todo es una broma. Tendría más sentido.

Soy consciente de que la elección de los prefectos es un concurso de popularidad. Los profesores votan a sus favoritos cada año y siempre eligen al mismo tipo de personas. Gente popular, cosa que yo no soy. ¿Tal vez el de música les ha hablado bien de mí? Ni idea.

—Como todos saben, las funciones de los prefectos veteranos y de la prefecta mayor no deben tomarse a la ligera. Un gran poder conlleva una gran responsabilidad. No se trata solo de asistir a las reuniones del consejo conmigo, organizar los eventos importantes e impresionar a la universidad que elijan. También implica ser un estudiante modelo durante todo el curso, lo que estoy seguro de que los cinco seleccionados han sido durante su paso por Niveus y, con suerte, seguirán siéndolo mucho después de dejar la Academia.

El director fuerza una sonrisa tensa.

—Por favor, demos otro fuerte aplauso a nuestro consejo de prefectos de este año —dice, y provoca una nueva ovación del mar de paliduchos que tenemos delante.

Siento que algunos ojos me miran y los evito mientras me concentro en buscar algo interesante en el suelo para no pensar en que hay filas y filas de gente mirándome.

Odio sentirme observado.

—Ahora, pasemos a los valores de la escuela.

Todos nos volvemos hacia la pantalla gigante que tenemos detrás, como siempre, dispuestos a contemplar cómo los principios morales del centro se desplazan como los créditos finales de una película mientras suena el himno nacional de fondo. En las asambleas normales, nos limitamos a

jurar lealtad a la bandera, pero, como se trata de la primera del curso, Niveus hace lo que mejor se le da: amplificar el dramatismo.

La pantalla es enorme y negra y cubre la mayor parte del ventanal de doble acristalamiento que hay detrás del escenario. La Academia es un edificio con paredes de madera oscura, suelos de mármol y enormes ventanales. Por fuera, es antiguo y tiene pinta de estar embrujado, mientras que el interior es nuevo, moderno y apesta a riqueza excesiva. Da la sensación de querer tentar al mundo exterior para que eche un vistazo.

Se oye un fuerte clic y una imagen llena la pantalla, un naipe rectangular con la palabra «as» en cada esquina y un enorme símbolo de una pica en el centro.

Eso es nuevo.

Me doy la vuelta para buscar a Jack entre el público y lanzarle nuestra mirada de «¿Qué narices pasa?», pero mi amigo observa la pantalla como si nada lo perturbase. El resto de los espectadores parecen igual de indiferentes. Es raro.

—Parece que tenemos un problemilla técnico —anuncia la señora Blackburn, mi antigua profesora de Francés, desde la parte de atrás.

Después de una serie de clics, todo vuelve a la normalidad. El himno nacional suena por los altavoces y lo cantamos con las palmas de las manos en el pecho mientras contemplamos los valores. **Generosidad, elegancia, osadía, sinceridad, desinterés, nobleza, excelencia, respeto y presteza.**

Nueve cualidades de las que carecen la mayoría de las personas de este instituto. Entre las que me incluyo.

—Ahora, nuestra prefecta mayor dará un discurso. Adelante, Chiamaka.

El cuerpo estudiantil enloquece al oír su nombre y aplau-

de aún más fuerte que antes mientras la vitorea como si fuera una diosa, lo cual, según los estándares de Niveus, es lo que viene a ser.

—Gracias, director Ward —dice mientras se sube al podio—. En primer lugar, quiero darles las gracias a los profesores por elegirme prefecta mayor; nunca me lo habría esperado.

Lleva ejerciendo el cargo tres cursos seguidos, así que el nombramiento es de todo menos sorprendente. El mío, sin embargo...

Vuelve a mirar a los profesores con la mano aún puesta sobre el corazón. No la ha movido desde que hemos cantado el himno nacional y finge sorpresa, como todos los años.

Tengo muchas ganas de poner los ojos en blanco.

—Como prefecta mayor, me esforzaré para asegurar que este último curso en Niveus sea el mejor, empezando por el Baile de la Nieve benéfico de los alumnos veteranos que tendrá lugar a finales de mes. El consejo de prefectos se asegurará de que sea una noche de la que todo el mundo hable durante años.

La gente empieza a aplaudir, pero Chiamaka no ha terminado. Arrastra el micrófono hacia delante para continuar con el soliloquio.

—Por encima de todo, prometo asegurarme de que la mayor parte de la financiación que recibimos vaya a parar a los departamentos adecuados. No me gustaría que se desperdiciara la generosidad de los donantes. Me aseguraré de que se le dé prioridad a las personas adecuadas, a los estudiantes que ganan los campeonatos de mates y a los que compiten en las ferias de ciencias, a aquellos que de verdad contribuyen a la institución. Gracias.

Chiamaka termina y muestra una sonrisa maliciosa mientras la sala estalla en aplausos una vez más.

Esta vez, no me contengo y pongo los ojos en blanco. Estoy bastante seguro de que una chica de la primera fila, la de los lazos rojos en el pelo, me mira con desdén.

Todos los prefectos se quedan para recoger sus insignias mientras los demás alumnos salen de la asamblea y se van a la primera clase. Observo sus uniformes nuevos y brillantes, sus bolsos de piel de cocodrilo y sus caras de plástico. Cuando bajo la mirada a mis deportivas maltrechas y a mi chaqueta con hilos sueltos, noto una punzada en el pecho.

Hay muchas cosas que detesto de Niveus, como que nadie, aparte de Jack, venga de mi barrio y todos vivan en casas enormes con vallas blancas, cocineros que les preparan el desayuno, chóferes que los traen a clase y tarjetas de crédito sin límite guardaditas en mochilas y bolsos de diseño. En ocasiones, al verme rodeado de todo eso se me retuercen las entrañas y siento que se agrietan y se rompen. Sé que no debería compararme con ellos, pero ver todo ese dinero y privilegios, cuando no tienes nada, duele. Intento convencerme de que ser un alumno becado no importa, de que no debería afectarme.

A veces, me funciona.

Las insignias son de diferentes colores. La mía es roja y brillante, con mi nombre grabado bajo el cargo. Los prefectos del último curso siempre tienen una buena media y, como resultado, automáticamente pasan a ser los principales candidatos al mejor alumno de la promoción. Lo más seguro es que ese honor se lo lleve Chiamaka, pero me hace feliz que al menos se me haya tenido en cuenta. Quién sabe, si he conseguido ser prefecto, a lo mejor al universo le da por concederme un deseo más y me convierte en el estudiante con las notas más altas.

En circunstancias normales, no me permito soñar así; la decepción es dolorosa y me gusta controlar las situaciones más

factibles. Sin embargo, los profesores nunca se habían fijado en mí antes. En realidad, ni ellos ni nadie. Se me da de lujo pasar desapercibido, que nunca me inviten a fiestas y todo eso. Ahora que estoy aquí y que esto ha sucedido de verdad, no puedo evitar sentir que es una señal de que el curso irá bien o, al menos, mejor que los últimos tres. Quizá signifique que entraré en la universidad y haré que mi madre se enorgullezca de mí.

Ward por fin nos despide y salgo a toda prisa del salón de actos. Atravieso una pequeña multitud de estudiantes que todavía merodea por allí y entro en un pasillo más vacío, de mármol y con hileras de taquillas de color gris oscuro en la pared. Solo reduzco la velocidad cuando una profesora dobla la esquina y me regaña con la mirada. El elegante corte de pelo *bob* le da a su rostro el aspecto tenebroso y crítico de Edna Mode de *Los Increíbles*. Cuando pasa, vuelvo a respirar con normalidad.

El ruido de la puerta de una taquilla al cerrarse de golpe me llama la atención y vuelvo la cabeza en busca del origen. Un chico de pelo oscuro con los ojos muy maquillados y cara de malas pulgas me fulmina con la mirada. ¿Josh? ¿Jared? No recuerdo cómo se llama, pero sé quién es.

Es el que salió del armario el año pasado en el baile de fin de curso al entrar de la mano de su acompañante. Su acompañante masculino. Y no supuso ningún problema. La gente se alegró por él. Sin embargo, lo único que recuerdo fue mirarlo con su pareja, de la mano, y sentir unos celos abrumadores.

El baile de fin de curso es uno de los muchos eventos inútiles y obligatorios que se celebran en Niveus, así que, como un masoquista, me pasé toda la noche mirándolos desde las gradas del lateral del pabellón. Bailaron canciones lentas, abrazados el uno al otro como si se sintieran seguros allí.

Como si nada malo les fuese a suceder. Como si ninguno de sus amigos fuera del instituto fuese a hacerles daño ni a burlarse de ellos. Como si sus padres no fueran a dejar de quererlos ni a abandonarlos. Como si todo les fuera a salir bien.

Se me encogió el pecho mientras me aferraba a ese pensamiento. Se me nubló la visión y las luces de la sala se convirtieron en círculos radiantes. Parpadeé para contener las lágrimas y me apresuré a limpiarme las mejillas con la manga del esmoquin negro de alquiler mientras seguía observando cómo bailaban, como un auténtico acosador; solo apartaba la mirada cuando me empezaba a doler demasiado.

—¿Qué? —Una voz profunda atraviesa el recuerdo como un cuchillo.

Parpadeo y miro al chico, que me observa desde la taquilla, con cara de estar aún más cabreado que antes.

Me doy la vuelta a toda prisa y echo a andar en dirección contraria sin atreverme a mirar atrás. Porque ¿Jared? ¿Jim? Ese tío me da un miedo de la hostia y, además, mi cabeza vuelve a recordar el baile de fin de curso, sus dedos enlazados y sus sonrisas. Cierro los ojos con fuerza y me obligo a pensar en otra cosa. En la clase de Música.

Subo los escalones hasta el primer piso, donde está el aula de ensayo, mientras quemo el deprimente recuerdo y arrojo las cenizas fuera de mi cráneo. Siento un cosquilleo en el cuerpo cuando distingo la puerta de roble oscuro con la placa grabada, «Aula de Música», y la tristeza se desvanece. Es mi clase favorita, el único lugar del edificio en el que me he sentido como en casa. Hay otras salas de ensayo, la mayoría se usan para grabar o practicar en solitario, pero esta es la que más me gusta. Es más abierta y menos solitaria.

—¡Devon! Bienvenido de nuevo y enhorabuena por la prefectura —dice el señor Taylor cuando entro. Es mi profesor preferido; me ha dado Música desde primero y es el úni-

co con el que hablo fuera del aula. Siempre tiene el rostro iluminado y una sonrisa en la cara—. Cuando quieras, ponte con el proyecto de graduación, como los demás.

El resto de mis compañeros están sumergidos en su propia música, algunos trabajan con el teclado y otros sujetan lápices con firmeza en la mano mientras componen melodías en partituras blancas y nítidas. Deberíamos haber empezado a planificar los proyectos durante el verano y tenerlos listos para presentarlos a la vuelta, pero me pasé la mayor parte de las vacaciones ocupado con la obra de la audición para la universidad, además de con otras cosas menos académicas.

Localizo mi sitio al fondo, junto a una de las ventanas, con un teclado en la mesa y mis iniciales, DR, grabadas en oro en la madera. No hay muchos alumnos que elijan Música, así que tenemos asientos asignados. Siempre me ha gustado esta aula porque me recuerda a las salas de conciertos de música clásica que veo en internet, ovaladas y con paredes de paneles marrones. Estar aquí me hace sentir que soy algo más que un becado. Como si este fuera mi sitio, como si perteneciera a este lugar, a esta vida, a esta gente.

Aunque sé que no es cierto.

—Gracias —digo antes de acercarme al teclado con el que he soñado todo el verano.

No tengo uno en casa porque no tenemos espacio y son mucho más caros de lo que parece. No me cabe duda de que mi madre me compraría uno si se lo pidiera, pero ya hace muchísimo por mí y siento que soy una carga para ella. Por tanto, cuando no estoy en clase, improviso; tarareo melodías, garabateo notas y escucho y veo toda la música que puedo. De todos modos, la composición es mi parte favorita de la asignatura. Aun así, sienta bien tener un instrumento de verdad frente a mí.

Enchufa el teclado a la corriente y cobra vida; la pequeña

pantalla cuadrada de la esquina parpadea. Me pongo los auriculares, paso los dedos por las teclas de plástico blancas y negras, pulso algunas y dejo que salga una melodía desordenada. Después, me siento, cierro los ojos e imagino el mar. Un mundo verde azulado con peces que nadan y algas brillantes. Me sumerjo en el agua.

La sensación familiar de paz surge en mi interior y estiro las manos hacia el piano.

Me pongo a tocar.